

# Unidad Cultural



**Kenshinkan dôjô 2015**

Frente al pensamiento único que imposibilita (o, en el mejor de los casos, minimiza) cualquier atisbo de relación entre las distintas formas de Arte Marcial, encuadrando su naturaleza en el marco primario de su lugar de origen, existen voces que expresan y defienden el continuo intercambio de conocimientos, ideas y filosofías. La Cultura no encuentra fronteras y acompaña a los Pueblos, que le han dado su razón de ser. Al igual que otras muchas manifestaciones culturales, también las Artes Marciales son resultado de una permuta constante, una intercomunicación que puede constatarse aún en nuestros días.

Uno de los maestros con mayor conocimiento sobre la Historia del Karate Tradicional que he podido conocer es Tetsuhiro Hokama. Hokama Sensei es un auténtico maestro de Karate, investigador riguroso, explorador del pasado y sinigual compilador de una información que, para cualquier amante del viejo Arte del *To-de*, es, cuanto menos, absolutamente interesante.

Seleccioné su dôjô cuando viajé a Okinawa por una razón principal: mantenía el entonces único Museo dedicado a la Historia del Karate y del Kobujutsu de la Isla. Esto me pareció digno de un hombre de Budô en su más amplio sentido. No me decepcionó.

Mi encuentro con él fue un paso adelante en mi concepción del viejo Arte de Okinawa. Cada día recorría su Museo, tomando notas, dibujando, sorprendiéndome con elementos antes nunca observados, fotografiando genealogías, leyendo con calma, deteniéndome y empapándome de la atmósfera única de aquel lugar: un espacio que denotaba cómo era el espíritu de su fundador y creador.

Después de la clase, durante las conversaciones que sostuve con el Sensei, pude apreciar cómo el maestro hacía continuas referencias a las relaciones que han existido en el contexto de la Historia de nuestro Arte Marcial: India con el Sudeste Asiático; China meridional con Okinawa; China y Corea con Japón; Okinawa con Japón; las Islas de Oceanía con el Continente; España y Portugal con Filipinas e Indonesia; etc. Me parecieron unas observaciones clarividentes, dignas de un hombre abierto a ese hecho que es el intercambio cultural, interconexiones, éstas, que han de ser aceptadas, pues su lógica es, en mi opinión, de sentido común.

Por mi parte, desde muy atrás, había perseguido ese sueño que es comprender la "*Unidad Cultural*" de este Continente, investigando para ello en distintas partes de Asia durante mis viajes -India, Nepal, Japón, Okinawa, Hokkaido y Rusia, país que para algunos es, antes que europeo, una parte más de Asia. Añadiría a todo ello, claro, la experiencia que me ha transmitido mi propio Maestro -Sugawara Sensei- quien ha hollado Siberia, China y el Sudeste Asiático en multitud de viajes de estudio.

En Moscú, en el transcurso de un Congreso sobre Nomadología de Asia Central, tomé contacto con investigadores que procedían del Altai Siberiano, además de

muchos otros, provenientes de lugares tan dispares como: Crimea, Ucrania, San Petersburgo, Mongolia, China o India. Todos ellos, especialistas en Culturas Centroasiáticas. Estos hombres y mujeres defendían también la “*Unidad Cultural*” de Asia, basando sus argumentos en hechos constatables: unos estudios que abarcaban áreas tan distintas como la Lingüística, el Arte, la Religión o la Filosofía.

Uno de los libros que ha estado y están en mi biblioteca desde que ésta comenzó a tomar forma, es una vieja edición de “*Civilizaciones enigmáticas*”, obra firmada por el viajero, historiador y espía alemán, nacido en Latvia, Ivar Lissner. El libro, encuadernado en cartón piedra, está editado por Bruguera.

En el recorrido histórico y antropológico que el autor lleva a cabo existen un buen número de páginas dedicadas a tratar distintos aspectos de esa parte del mundo verdaderamente fascinante que es Asia Central. En efecto, Ivar Lissner rescata del olvido a los primeros exploradores europeos que, a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, se adentraron en una zona absolutamente desconocida para el resto del mundo, de no ser, claro, por las anotaciones que sobre ella subrayó Herodoto en su “*Historia*”, o a las expresadas por el propio Hipócrates, sin olvidar las memorias de otros ilustres, como las firmadas por el gran Ib Battuta o el, también grande, Marco Polo.

Algunos de los viajeros a los que hace referencia el autor alemán son: Sven Hedin, Aurel Stein, Paul Pelliot o Albert Von Le Coq. Yo añadiría otros también destacados que, aunque no aparecen en los relatos del escritor alemán, son, por derecho propio, hombres de leyenda en la exploración de Asia Central: Francis E. Younghusband, Heinrich Harrer o Nicholas Roerich.

Después de detenerse en la antigua Persia y en las cuevas del Turkestán chino, Ivar Lissner dedica varios capítulos el estudio de los Pueblos Escitas, moradores perpetuos de la estepa, establecidos en el corazón de aquel inmenso territorio hasta el final. Sí, la estepa, un corredor natural que ha permitido a lo largo de milenios el contacto de Oriente con Occidente, pues no en vano las llanuras que le dan forma comienzan a atisbarse en Hungría y no abandonan la geografía hasta las costas pacíficas del Continente Asiático, han sabido mantener bajo el suelo del permafrost una Cultura imprescindible para entender la Nomadología.

Sí, son nueve mil kilómetros de extensión, terreno suficiente para cabalgar sin rumbo a lomos de caballo, sentirse hombres y mujeres libres y vagar sin dirección a lo largo y ancho de aquel inmenso mundo, entonces tan desconocido como temido.

Siempre he sentido una gran atracción por los Pueblos Nómadas de Asia Central y, especialmente, por los Escitas, un pueblo enigmático que ahora comienza a conocerse con mayor profundidad, una vez que las excavaciones efectuadas por los arqueólogos rusos en los túmulos funerarios que han guardado los restos de sus

reyes y reinas -Pazyrik, Kostromskaya, Solokha- hayan sacado a la luz los vestigios de su cultura, una cultura que logró sobreponerse a las inclemencias del tiempo y, durante seis siglos, a las guerras continuas que libraron con sus vecinos.

Los Escitas se extinguieron definitivamente en el siglo I a. C., suplantados por la hegemonía de los Sármatas, sus enemigos declarados. No obstante, al extender sus dominios desde Ucrania hasta el Altai, se enfrentaron a los Pueblos del Amur, establecidos al norte de China, influenciando, incluso, a Koguryo y Silla, los reinos predominantes de la antigua Corea. Desde allí, la Metalurgia, el Caballo, el Megalitismo, la Mitología y otros elementos de su Cultura llegarían a las costas de Japón. Ese nexo de unión con Japón me parece fascinante y digno de un estudio riguroso que pudiera aportarnos mucho, para entender más y mejor el origen del Bujutsu.

Entre 1924 y 1927, George Roerich, el eminente orientalista hijo de Nicolás y Helena, formó parte junto a sus padres de una Expedición a través de Asia Central. En el transcurso del periplo estudió sobre el terreno numerosas fuentes culturales –lenguas, danzas, religiones, música, arte, arqueología, lingüística, etc. Sus estudios pondrían una vez más de manifiesto la *“Unidad Cultural”* a la que me refiero. La demostración científica de esta idea sería uno de los caballos de batalla de la posterior obra escrita por aquel erudito, una tarea que le ocupó la segunda parte de su vida.

Al respecto de las relaciones entre Japón y el Continente pregunté al doctor Leónidas Marsadalov, investigador del Museo Hermitage de San Petersburgo y experto en Culturas Centroasiáticas, quien me respondió, rotundo:

*“Los pueblos que habitaban Japón en tiempos de la Cultura Escita sí tuvieron contactos con otros grupos humanos asentados en el Este de Siberia. Estos grupos, a su vez, habrían mantenido relaciones con los Escitas de Asia Central. Esto puede explicar las numerosas similitudes que podemos encontrar en distintas ramas de sus respectivas culturas: mitología, ritual funerario, metalurgia, etc.”*

Mi maestro, Tetsutaka Sugawara, apunta en su obra *“Aikido y Artes Marciales Chinas. Volumen 1”*:

*“La cultura del hierro se introdujo en Tohoku (norte de la isla de Honshu) por los pueblos nómadas de Asia Central. Esto puede constatarse al estudiar una espada tipo warabite-tô excavada en este distrito”.*

Desde mi perspectiva de estudiante de Budô, pretendía unificar todos los criterios que iba incorporando, tratando de entroncar semejante bagaje cultural con la epopeya de las Artes Marciales Tradicionales: unas formas de Cultura que yo suponía irían inmersas en todo ese *“Contenido de intercambios”* que los Pueblos de Oriente habrían sostenido durante milenios.

A tal efecto, surgían mil preguntas dentro de mí relacionadas con la citada: “*Unidad Cultural*”.

- ¿Pudo la Metalurgia, nacida en Anatolia, llegar a los primeros pueblos que habitaron el alejado Japón y ser partícipe de la odisea final de la espada japonesa?
- ¿Fue el Budismo, originado en India, la vía principal de transmisión cultural capaz de influir en lugares tan distantes como Mongolia, Turkestán, Corea, Japón o Vietnam, portando consigo una nueva visión del mundo, su orden, el Cosmos...?
- ¿Fue el caballo introducido en Japón por los descendientes de los Pueblos Escitas centroasiáticos: unas gentes instaladas previamente en Koguryo y Silla, la actual Corea, antes de dar el gran salto a las islas de Japón?
- ¿Por qué los túmulos funerarios *-kurgan-* son equivalentes en lugares tan separados geográficamente como puedan ser: Suecia, Polonia, Ucrania, Mongolia, Turkestán, Corea o Japón...?
- ¿Tiene el Sumo japonés su raíz en una forma de lucha que acontecía ya en la vieja cultura de Mesopotamia?
- ¿Por qué son tan parecidos el *Sirum* de Corea, el *Bokh* de Mongolia, el *Kusthi* de la India, el *Jiao di* de China o el *Tegumi* de Okinawa...?
- ¿Por qué el decorativo “*Estilo Animal*” es reconocible en todos los confines del Continente?
- ¿Son los “*Rakan*” japoneses descendientes de los “*Balbal*” Centroasiáticos?
- ¿Fue durante siglos la “*Ruta de la Seda*” una auténtica “*autopista cultural*” que reunió voluntades desde el Pacífico al Mediterráneo, transportando, no solo productos de necesidad y consumo, sino también ideas, creencias, inventos, credos y visiones del mundo?
- ¿Por qué la Mitología de Japón es tan semejante a la los Indoeuropeos y aquella mantenida por los pueblos nómadas de Asia Central...?

A este paradigma tan alejado en el tiempo al que al que he hecho referencia, podríamos añadir los acontecimientos que han tenido lugar entre mediados del primer milenio (siglo V) a finales del segundo milenio (siglo XIX), y hacer un esfuerzo de investigación para contemplar cómo nuestro Arte es producto de un intercambio que no tiene límites.

Algunos de estos capítulos de estudio podrían ser:

- Las embajadas japonesas fletadas en los períodos Asuka o Nara (siglos V al VIII), de nombre *Kentoshi*, con dirección a la China de los Tang.
- Los éxodos de ciudadanos de Fuzhou a partir del siglo X con dirección al Sudeste Asiático, hombres y mujeres oprimidos por los Ming que buscaron refugio en países como Filipinas, Indonesia o RyuKyu donde, a buen seguro incorporarían su propia Cultura (un ejemplo claro son las 36 familias de Kume).
- La extensión del Budismo desde India al resto del Continente a través de sus dos formas, o vehículos, *Mahayana* y *Hinayana*.

- La diáspora india hacia el Sudeste Asiático desde los primeros siglos del primer milenio.
- La irrupción de los Imperios coloniales en Asia: Portugal, en Goa, Kerala, Timor; España en Filipinas; Holanda en Indonesia; Inglaterra en India, Sri Lanka, etc.
- Las misiones de *Sappoushi* enviadas por los Ming y los Qing hacia Okinawa, Corea y Japón.
- La entrada de la Cultura Kofun (siglo IV al VI) en Japón procedente de Corea.

En mi opinión estas y otras muchas líneas de investigación paralelas podrían dar luz a nuestra historia, aportando claridad, reuniendo hechos fehacientes y capacitándonos para hablar de una auténtica “*Unidad Cultural*” también en el seno de las Artes Marciales Tradicionales, como partes intrínsecas que han sido y son de un todo Cultural.

**Kenshinkan dojo 2015**